



Si esto es una mujer Lorenzo Silva Noemí Trujillo



DESTINO

© Lorenzo Silva y Noemí Trujillo, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-233-5572-3
Depósito legal: B. 10.036-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Si esto
es una mujer

Lorenzo Silva
y Noemí Trujillo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1470

Advertencia previa	9
El graduado	13
Guadalupe	16
El cadáver	28
Alberto	40
Lockhart	52
Mamen	64
Martina	76
Carranco	88
Gutiérrez	100
El equipo	112
Bevilacqua	124
El rencor	136
Martín	148
Antonia	160
Bermejo	172
El trato	184
El remordimiento	196
Edith	208
Okeke	220
Christy	232

Villegas	244
El reventón	256
Pep	267
Jacobo	279
Dayesi	291
Epílogo. Una mujer	303
Agradecimientos	315

I

El graduado

Nada sale bien cuando dejas que te hagan el que no eres. Yo no era, aunque lo firmara con mi nombre, el autor del trabajo de fin de grado, calificado con un sobresaliente, que celebrábamos aquel día. Lo había hecho uno de esos graduados sin ninguna esperanza laboral que venden su talento, no demasiado caro, a quienes como yo podemos pagárselo. Así es como van las cosas en la universidad del siglo XXI. Era un buen tocho, que analizaba el coste económico, político y social de las guerras de Irak y Afganistán. Otro leyó por mí, se documentó, recopiló las cifras de muertos entre los soldados de diversas nacionalidades (incluidos los españoles: una docena en Irak y un centenar en Afganistán, me aprendí para la exposición) más la población civil y el personal contratado. Fue otro quien analizó los datos, consiguió además las estadísticas de heridos, de aquejados por estrés postraumático, ansiedad, depresión y otros males, sacó unas conclusiones y dejó que yo me llevara el mérito y me convirtiese, así, en un graduado de mentira.

Uno más, qué importaba, pensé. Pero importó.

Tanto que no supe decir que no cuando el que me sugirió hacer trampa, igual que él y con el mismo resul-

tado, me propuso que fuéramos a buscarla, para celebrarlo en condiciones. Tanto que no me salió plantarme cuando dijo de llevárnosla al piso. Una voz débil dentro de mí me pedía que hiciera lo correcto, que no me dejase arrastrar por donde me invitaban a ir. Pero quien se ha hecho el que no es una vez corre el riesgo de no encontrar ya nunca más el camino para volver a su yo verdadero. Y justo eso fue, por dejarme llevar, por no saber negarme a ser otro, lo que me ocurrió a mí. No escuché lo que me decía la voz y acabé metido en aquel espanto.

No quiero quitarme ninguna culpa. Porque soy tan animal como él, porque se me puso dura mientras él la golpeaba, porque me dijo «¡córrete dentro de esta puta!» y lo hice y nunca antes y nunca más me he corrido de esa manera, con esa intensidad, con esa sensación tan salvaje. Ella gritaba y no hice nada, ella se resistía y no hice nada, ella sufría delante de mí y no hice nada. Todo pasó demasiado deprisa y yo lo veía desde fuera, como si no estuviera allí, sin comprender, entre otras cosas porque no tenía como él la costumbre de pagar por sexo, cómo algo consensuado se transformaba de pronto en un recital de humillación y violencia. Y todo porque ella no quiso dejarse hacer aquello. Porque ella sí sabía plantarse, y se plantó.

Cuando la estranguló, yo estaba otra vez empalmado. Nos sentamos en el sofá y ninguno quiso pensar sobre lo que había ocurrido. «Descansamos un momento y ahora nos corremos otra vez sobre esta puta de mierda», dijo él. Y una vez más yo le hice caso. Poco después, mientras estábamos en ello, me dijo: «Chúpamela, maricón». Y le obedecí. No sé por qué me dejé llevar; lo que sí sé es que ahí comprendí que yo ya nunca más sería yo.

Él se ocupó de todo, luego. Frío, brutal, diligente. Y apenas me dijo que todo estaba arreglado me puse a esperar, seguro de que al final llegaría, el momento en el que el mundo entero se derrumbase sobre mi cabeza.

2

Guadalupe

Cuando vi a Guadalupe cruzar la puerta del comedor de mi casa con una caja de bombones artesanos supe que algo no marchaba bien. Me pasa con frecuencia, esto de anticiparme a mi pesar a los desastres. Es como una especie de radar, adquirido en mis años de servicio en el grupo de Homicidios y desarrollado en largas noches de insomnio, que me avisa del percance que se avecina. Quede claro que no estoy hablando de presentimientos ni de corazonadas ni pamplinas por el estilo, sino de algo mucho más rotundo: la certeza de que Dios está a lo suyo y la maldad humana es infinita.

Suele ser en medio de esos presagios sombríos cuando vienen los problemas a buscarme, como acudía Guadalupe a mi casa, por primera vez desde que nos conocíamos, simulando interesarse por mi vida y por mi estado de salud. Probablemente no sabía si iba a tener éxito, pero a sus treinta y un años, diez de policía, no era una mujer que desechara una opción que tuviera visos de resultar viable. Entró en el comedor de mi casa, acompañada de sus bombones, a eso de la una del mediodía, con la esperanza de que

no le opondría ninguna resistencia. Y así fue. Entre otras cosas, la echaba de menos.

La última vez que alguien me había traído bombones fue cuando di a luz a mi hijo pequeño, Manuel, y de eso hacía ya nueve años. No fue el padre de mi hijo quien tuvo el detalle sino mi excuñada Macarena, que siempre fue un amor y no puedo dejar de reconocer que lo sigue siendo, aunque yo ya no sea la mujer de su hermano. Después de eso, ya no hubo bombones nunca más. Ni en los aniversarios ni en los cumpleaños ni en las celebraciones. Quizá mi mal carácter habitual hacía pensar a mis parejas que yo no era una chica de flores o de bombones, pero se equivocaban. A nadie le amarga un dulce y Guadalupe, que me conocía por debajo de la coraza, sabía que los bombones le facilitarían la entrada a mi guarida. Era una policía sagaz y con clase, la mejor de los que tenía a mis órdenes.

Invité a Guadalupe a que se sentara, preparé café para las dos y observé cómo contemplaba el salón con disimulo: se fijaba en las fotos, en los libros, en los cuadros. Guadalupe, ese era otro de sus puntos fuertes como policía, siempre se había caracterizado por su curiosidad y por su buen ojo. Vio mi colección de mapas de Europa, repartidos sin mucho orden por las paredes blancas, e imagino que tuvo que morderse la lengua para no preguntar por aquella afición mía. La geografía siempre me fascinó, desde joven. De ello tuvo la culpa un profesor que supo enseñarme la parte más humana de esa disciplina, la que se encarga de estudiar las relaciones entre las sociedades y el medio físico en el que habitan. No era

aquel el mejor momento, tampoco la ocasión propicia para explicarle a Guadalupe los vínculos sutiles que existen entre un geógrafo y un investigador de policía. Aquello formaba parte además de mi bagaje particular y privado, de mis propias hipótesis personales. El concepto «Europa» ha fracasado, es una enorme falacia y buena parte de los males que arrastramos como sociedad derivan de esa frustración, de cómo lo hemos conseguido arruinar entre todos. Pero Guadalupe no estaba en mi casa para conversar sobre geografía humana, menos aún para interesarse por mi idea de Europa y yo lo sabía, así que la dejé hacer, sin más, esperando a que llegara el momento en el que se decidiera a contarme qué pasaba y qué era lo que motivaba su visita.

Mi compañera miraba también mis diccionarios. Sí, Guadalupe, pensé pero no le dije, me apasiona la lengua, por extraño que pueda parecerle. Es útil para nuestro trabajo. En cualquier interrogatorio la persona interrogada intenta pervertir el léxico en beneficio propio y yo había aprendido, a lo largo de los años de oficio, a interpretar los significados no explícitos de las conversaciones. Pero, de nuevo, Guadalupe no se había plantado en el salón de mi casa para hablar de lingüística ni de significados añadidos, no venía para conocerme mejor ni para saber quién era yo. No era ese el motivo de su visita. Guadalupe había invadido amablemente mi intimidad para intentar ganar un poco de terreno a su favor, para conseguir un golpe de efecto cuando soltara la bomba que traía preparada para mí.

—Es bonita tu casa —observó, finalmente, con

exquisita cortesía, mientras movía despacio la cucharita en el café.

El cuerpo me pedía entrarle a bocajarro, pero las normas de hospitalidad básicas me lo impedían. «Desembucha, Guadalupe, ¿por qué coño has venido?», me repetía para mí intentando que no se notara mucho. Guadalupe era la primera compañera de trabajo que venía a verme desde que estaba de baja y de eso hacía ya más de siete meses. Aunque suene a tópico, es verdad que el tiempo pasa volando; sobre todo cuando puedes olvidarte de quién eres, despojarte de tu nombre, del peso de tus errores y dedicarte a hacer lo que te ayuda a sentirte bien. En aquellos siete meses, entre otras cosas tan inútiles como placenteras, me había hecho el regalo de leerme, uno detrás de otro, los ocho libros de la *Historia de las guerras* de Procopio de Cesarea, una tarea pendiente desde los tiempos de la facultad, e indispensable para entender en condiciones el problema insoluble de esa Europa fracturada y peleada consigo misma que empezó a bosquejar sus fronteras a raíz de aquellas lejanas batallas del siglo VI. Mientras me abandonaba a la lectura de aquellas páginas, tan crudas como emocionantes, repletas de asedios, empalamientos de enemigos y de sediciosos y descabros épicos de guerreros de valor demente y orgullo suicida, me preguntaba una y otra vez si no habría sido un gigantesco error apartarme de lo que en otro tiempo fue el alimento de mi cerebro para reemplazarlo por el trabajoso rompecabezas de la investigación criminal. Pero lo hecho no puede deshacerse y quien me visitaba pertenecía al mundo al que aquella decisión

me había arrojado, tan distinto y tan separado, en todos los aspectos, del que había dejado entonces atrás.

—Nunca he tenido el tiempo ni el dinero para decorarla con muebles vistosos, todo es bastante sencillo —le expliqué, dejándome llevar, como si aquello fuese una conversación entre dos amigas y no lo que realmente era—. Mi mayor inversión ha sido la librería, necesitaba espacio para colocar mis libros de historia, geografía y teoría lingüística. Te parecerá raro, pero me relaja leerlos.

—No me sorprende demasiado. Llevo cuatro años trabajando contigo, sé que te fijas en cosas que otros no ven, normalmente. —Y tras este cumplido inesperado prosiguió—: En tu casa hay muchas fotografías de tus hijos, eso la hace aún más bonita y acogedora.

Yo sabía que Guadalupe había intentado adoptar un niño y que su petición no había salido adelante, así que reparé en el subtexto. Intuí que su casa le parecía menos agradable, por no haber niños en ella, y quise consolarla, pero llevaba tanto tiempo hablando sólo con mis hijos y con Alberto que estaba perdiendo habilidades sociales y no supe muy bien qué decirle. Por otra parte, aunque Guadalupe intentaba comportarse como si fuéramos amigas, aunque yo no me opusiera de manera frontal a esa pretensión suya, ambas sabíamos que no lo éramos, ni podíamos serlo: entre las dos se interponía el principio de jerarquía, como no podía ser de otra manera.

Durante unos segundos que se me hicieron eternos no fui capaz de mirar a Guadalupe a la cara. Ella

era una de las pocas agentes de color que integraban la Policía Nacional. Había varias mulatas, pero ella era la única mujer negra del cuerpo. Sus padres eran originarios de Guinea Ecuatorial, aunque ella había nacido en España. La buena de Guadalupe, Guadalupe la valiente. Lucía su placa con orgullo, se enfrentaba a la discriminación y los recelos a diario; cada vez que algún gracioso le preguntaba si tenía la nacionalidad española. La oficial Guadalupe Larbi estaba en mi casa con una caja de bombones y, aunque era lo último que deseaba que me trajera bajo el brazo, no pude dejar de adivinar que venía con un asunto sin resolver y que tenía que ser uno de los francamente jodidos; uno de esos que provocan una conmoción en tu interior cuando metes la nariz en ellos.

Miré la caja de bombones. Estaban todos ahí, bien puestecitos, diciéndome: «Cómeme», «engorda». Cogí el de en medio, con forma de corazón. Guadalupe escogió un bombón de chocolate blanco. No sabía cuánto iba a tardar en decidirse a iniciar la conversación a la que debíamos llegar, pero preferí tomármelo con calma. Siete meses sin ver cadáveres ni fisgar en sus circunstancias me habían servido para tranquilizarme y templar un poco mi mala leche, de sobras conocida por cuantos habían trabajado conmigo, como Guadalupe. También, y muy a mi pesar, era consciente de que aquel tiempo que llevaba apartada de las rutinas de mi trabajo me había vuelto más melancólica, más dispersa y algo propensa a la gandulería.

De esa manera, sin que ninguna de las dos se de-

jara llevar por la impaciencia, charlamos un rato sobre cuestiones sin importancia. Guadalupe me contó que su marido estaba bien, que ahora trabajaba en Tráfico y que estaba cansado de hacer controles de alcoholemia por la noche. Que la gente seguía bebiendo de más, sobre todo los fines de semana, y que era una papeleta explicarles por qué uno no puede coger el volante si supera la tasa de alcohol en sangre por mucho que controle, que haya comido y que parezca que está bien. Sobre todo cuando se trataba de hacérselo entender a uno de esos individuos que tienen mal beber y una tendencia irrefrenable a no respetar la autoridad. El marido de Guadalupe era guardia civil y formaban una curiosa pareja: combinaban el amor incondicional que sentían el uno por el otro con la rivalidad proverbial entre los dos cuerpos policiales. Los matrimonios entre policías y entre policías y guardias civiles son relativamente frecuentes. Suelen dar lugar a parejas estables y duraderas, gracias a que los que las forman, después de todo, comparten una misma visión del mundo: la de quien está del lado de la ley, con todas las servidumbres, miserias y paradojas que esa labor lleva consigo y que aquellos que no la desempeñan suelen tener dificultades para terminar de entender y aceptar.

Mientras la escuchaba, no pude evitar preguntarme por qué mi matrimonio con Javier era una de las pocas excepciones, uno de los pocos matrimonios entre policías que no habían funcionado bien. Durante muchos años fuimos felices, aunque siempre hubo roces y nubarrones que nos acechaban. A Javier le

sacaba de quicio mi mala costumbre de andar perdiendo la placa y tener que investigar para recuperarla; aunque la habré perdido como media docena de veces, he conseguido encontrarla siempre. «Un día de estos te van a expedientar, Manuela», era una de sus frases preferidas. Cuando tardaba en dar con la placa se preocupaba mucho, más que yo; incluso llegó a encargarme una falsificación muy buena, que compró en El Olivo y que era la que utilizaba ahora, para guardar la placa de verdad en un lugar seguro en casa y no volver a perderla más. Lo que a mí me ponía nerviosa eran sus salidas nocturnas, que no tuviera horarios, su vida desordenada.

No intentó centrarse ni siquiera cuando nació nuestro hijo pequeño, siempre prefirió ser un verso libre. Trabajaba en seguridad ciudadana y tenía debilidad por las chicas jóvenes y tatuadas que entraban en el cuerpo y a las que tenía que enseñarles, en prácticas, el duro oficio de policía. Sin embargo, y a pesar de que nuestro matrimonio se fuera al garete, no podía dejar de reconocer su valor y el de su gente para el cuerpo: gracias a que seguridad ciudadana apretó en controles nocturnos, requisó armas y marcó e identificó a los miembros de bandas peligrosas, la estadística de muertos en Madrid había bajado drásticamente en la última década. Y el mérito era, en parte, de Javier, el padre de mis hijos.

El marido de Guadalupe era un hombre hecho y derecho, con principios sólidos, que había sabido serle fiel a su mujer. Javier, en cambio, había sido un niño irresponsable y, en cierto modo, lo seguía

siendo. Era parte de su encanto. Pero era buen policía. Con sus propios métodos y muy eficaz. Pésimo marido, policía fiable.

Guadalupe no llevaba ni media hora en mi casa y ya estaba yo recordando viejos tiempos con Javier, algo que sabía de sobra que era lo último que podía convenirme. Así que pensé que era hora de abordar el tema en cuestión, para no acabar deprimiéndome. Se me ocurrió llevar la conversación hacia la gente del trabajo.

—¿Qué tal está Miguel? ¿Terminó su novela? —le pregunté.

Guadalupe sonrió. Ya había adivinado que yo estaba al tanto de la naturaleza de la misión que la traía a mi casa. Al fin y al cabo, una nunca deja de ser inspectora, aunque esté de baja médica.

—Va despacio. Ya sabes, quiere hacerlo bien. Desde que ha ganado ese premio de cuentos se lo toma muy en serio —me dijo, mientras miraba su reloj como si tuviera prisa—. De hecho, me ha pedido que te pregunte algo. Una duda de esas que tiene a veces. Dice que ha leído una novela en la que el comisario está presente en la escena del crimen y que en todo el tiempo que lleva de servicio él nunca ha visto un comisario en la escena del crimen —prosiguió, algo azorada—. Me ha pedido que te pregunte si tú, alguna vez, has visto alguno. Como tienes más experiencia que nosotros...

Me caía bien Miguel, era un chico limpio. Deportista, hacía bien su trabajo, nunca generaba ningún problema, siempre estaba dispuesto, aguantaba como nadie la falta de sueño y, en sus ratos libres, es-

cribía. También le gustaba bucear, como a mí, y habíamos hecho juntos varias inmersiones. Al comisario Galván le fastidiaba tener a un literato en la Brigada, todos sabíamos que Miguel no era santo de la devoción de Galván y precisamente por ese motivo me caía bien. Porque Galván era un hijo de puta de mucho cuidado y el principal responsable, entre otras fechorías que no iba a perdonarle jamás, de la «jubilación anticipada» de mi buena amiga Martina.

—Es muy poco probable que un comisario esté en la escena del crimen, para eso estamos nosotros, los equipos —le respondí, con delicadeza—. Los comisarios, incluso los que no andan intrigando, tienen que atender mucha burocracia. Nunca he visto un comisario en la calle, pero no es del todo imposible, dile que podría pasar.

—Se lo diré —asintió.

Miré a Guadalupe a los ojos. Los tenía grandes y oscuros y vi en ellos una sombra de tristeza profunda. Parecía verdaderamente afectada por algo que no era capaz de comunicar con palabras.

—Queremos que vuelvas —me soltó de pronto.

Me lo imaginaba. Lo esperaba, en cierto modo. Durante los siete meses de baja yo misma me había preguntado muchas veces si no había llegado el momento de volver, pero una y otra vez había pospuesto enfrentarme a la pregunta. No dejaba de ser curioso que al final fuera la oficial Guadalupe quien la verbalizara, quien pusiera la cuestión delante de mis narices para que me batiera con ella.

—¿A quién te refieres cuando dices «queremos»? —indagué.

—A Miguel y a mí nos gustaría que te reincorporaras, si tú crees que te encuentras lo bastante bien para hacerlo —dijo—. Echamos de menos que alguien silbe en los despachos...

Estaba claro. Lo que Guadalupe me estaba diciendo era que ella y Miguel querían que volviera, pero a la vez me transmitía que nadie más me echaba de menos. También me hizo caer en la cuenta de que llevaba siete meses sin silbar. Sobrecoge cómo en ocasiones se instala en nosotros el silencio, y cómo nos pasa inadvertido.

—Guadalupe, ¿vas a contarme de una vez lo que pasa? —le pregunté, tratando de echar a un lado mis preocupaciones.

Guadalupe me miró entonces fijamente. Yo sabía que ella me apreciaba. Estábamos a finales de julio y hacía un calor del demonio. El calor no es bueno para nada: en verano aumentan las muertes. Asesinatos y suicidios, siempre más suicidios que asesinatos, pero ya tenía claro que no era un suicidio lo que la tenía preocupada. No era normal que estuviera tan mohína, ella solía ser muy alegre, o así la recordaba yo, por lo menos. Siete meses no cambian tantas cosas. A Guadalupe le costaba poner en palabras lo que tenía que decirme, no terminaba de ver el momento de hacerlo. Al fin, se decidió:

—Hace tres meses que se encontró la cabeza de una mujer de origen subsahariano en el vertedero de Valdemingómez.

Sonó raro en su voz ese eufemismo, *subsahariano*. Antes de que Guadalupe me diera más detalles,

acepté la confirmación de mi más oscuro presentimiento: la cazadora que había dentro de mí estaba de vuelta, para bien o para mal. Para mal, más probablemente.